

EL AMIGO CATÓLICO,

DEFENSOR DE LOS LEGÍTIMOS INTERESES SOCIALES:

RELIGION, FAMILIA, PROPIEDAD

Y ÓRGANO DE

LOS CÍRCULOS CATÓLICOS DE OBREROS.

FUNDADOR Y DIRECTOR:

Dr. D. Manuel Gonzalez Francés,
Canónigo magistral.

CENSOR ECLESIASTICO:

Dr. D. Manuel Jerez Caballero,
Canónigo penitenciario.

PIO IX,

EL ACTUAL PONTÍFICE REINANTE,

*fué elegido Papa el 16 de Junio de 1846,
y coronado el día 21 del mismo
mes y año.*

Al conmemorar hoy el 31.^o aniversario de tan gloriosa fecha, reitera el homenaje de su amor, obediencia y fidelidad á la Cátedra de Pedro

LA REDACCION.

SECCION DOCTRINAL.

Por el pueblo y para el pueblo.

II.

Y el pueblo es digno del amor, que por mandamiento santo se nos ordena tenerle. Sobre ser él nuestro padre, origen comun de las dinastías, de las casas solariegas y de los pecheros; nuestro padre y nuestro hermano, centro fijo é inmóvil en que se unen y se asocian los elementos constitutivos del hogar, y los legisladores á cuyo cargo está la formacion de las

nacionalidades y, uno con otro, todos los hijos de la gran familia humana; y por carácter de patriarcado y en razon de hermandad, exigir naturalmente amor y gratitud; agrégase el verle tan desgraciado, para que la buena voluntad se convierta en obras y nos creamos en el deber de prestarle socorro y proteccion.

Además, es el pueblo nuestro patrimonio, que por cierto admite mucho cultivo; y merece bien el que se ocupa en mejorarlo.

Cabalmente las miserias que lo consumen, la division que lo mata, el oprobio de que está cubierto y le hace inclinar la frente con rubor, son frutos sazonados de la mala semilla preparada con abonos y grandemente trabajada por perversos cultivadores, que abusan de su dominio sobre el pueblo. Las pasiones entregadas á discrecion, si es hábil quien las dirige, (y los enemigos de la virtud y de

la honradez no descuidan poner al timon manos muy diestras) suben pronto á todo lo alto, llenan el alma hasta ponerse en lugar de la razon ú oscurecerla y dominarla por completo y, ansiosas de mayor imperio, se desbordan, difundiendo la misma hediondez adquirida en un corazon mal sano.

El pueblo es desgraciado, no por naturaleza, ni por escasez de medios para llegar á su fin, ni mucho ménos porque falte sobre él esa atencion omnipotente y voluntad suprema que cuida de conservar todo órden: la desgracia del pueblo son sus falsos maestros. Hombres empedernidos por el hábito del crimen, para no avergonzarse con su infamia, convierten la dulce y tranquila paz de sus felices hermanos en mar de dudas y en tinieblas de confusion, y explotan despues á maravilla los productos de la ignorancia lisonjeada con honores cuasi-académicos.

¡Pobre pueblo! Los hijos que él amamantó y á los que hoy, cuando se elevan, sirve de escabel; inteligencias oscuras, poco há confundidas con la plebe y súbita y violentamente separadas al tomar cierto tinte de alta filosofía y de moderna civilizacion; los que del pueblo eran y en hombros del pueblo subieron, é ingratos y desnaturalizados no devuelven á la

casa paterna, en ejemplos admirables de buenas acciones, los preciados timbres de nobleza de alma, sencillez de espíritu, docilidad, obediencia, fé y, sobre todo, hermosos y dignos sentimientos de amor á la Religion y á la Pátria, que de los suyos heredaron, ántes bien es su afanoso empeño ilustrar á las masas por absurdos sistemas, con lo cual sin duda inficionando el corazon, rompen aquellas cosas que están íntimamente unidas á la naturaleza de la sociedad, trastornando el órden y pervirtiendo las costumbres... éstos son los que hacen al pueblo desgraciado. La ignorancia del soberbio, convertida en maestra de los humildes, es la mayor calamidad para los que vivian seguros en su honradez y buena fé.

No es esto el amor al pueblo. No son amigos del pueblo los que se complacen en su perdicion y preparan su ruina.

Amar al pueblo es tanto como reconocer y venerar en el padre el poder bondadoso con que legó toda su sangre á su hijo, y con su sangre las tradiciones de su raza y las creencias de sus mayores; es ser agradecido á la familia por su generosidad en la educacion desinteresada que proporciona; es derramar una lágrima á la memoria del hogar doméstico,

region providencial donde se conserva la juventud y las esperanzas del mundo; es adorar la Iglesia verdadera que ha hecho á « todos uno en Cristo Jesús; » es someterse á la nacion, cuyo gobierno regula el modo de ejercer todos los derechos y extiende sobre los súbditos la proteccion de la justicia; es socorro para el hermano que vemos en el infortunio, proteccion al desvalido y al necesitado, misericordia para el deudor, oracion por el enemigo, perdon de las injurias, caridad ardiente, inefable, intensísima hácia todos los hombres.

Y como el pueblo es un niño, y la caridad es ingeniosa y paciente, cuando el amor al pueblo se traduce por cultivo de nuestro patrimonio, esta obra ha de llevarse á cabo con método y constancia.

Alimentos fuertes y de digestion pesada matan, en vez de nutrir, naturalezas débiles y convalecientes. El rayo del sol del mediodia, en caluroso estío, quema y destroza la pupila del ojo, que acaba de sufrir dolorosa operacion. Para salvar gentes de talento no ejercitado, de razon poco culta, pero con hambre de sabiduría y ambicion de doctrina (disposiciones que los malos pedagogos hacen servir á sus perniciosos intentos), conviene mucho escoger cuidado-

sa y diligentemente las materias de enseñanza y arreglar el magisterio á la condicion de los que aprenden.

Muchos son los males de actualidad, y á todos hay que señalar medicina, dando instrucciones al paciente para que él mismo se aplique el remedio. Pero dése principio á la obra de regeneracion por estudiar cuales, entre todas las necesidades que pesan sobre el pueblo, son las mas funestas y las de un fin mas espantoso, y dirijase contra ellas la accion comun de los hermanos caritativos y benéficos.

Y nunca se olvide que para conseguir resultados es menester llegar al pueblo, buscándolo como es hoy; como lo han puesto sus verdugos, sus falsos amigos; y cuando comience la enseñanza, hablemosle palabras sencillas de verdad, su propio y acostumbrado lenguaje.

Manuel Gonzalez Francés.

SECCION LITERARIA.

(*) Un consejo al obrero católico.

¿Dó se albergan los mágicos ensueños
Que forjan delirantes los humanos?
¿Dónde están los placeres halagüenos,
Que brinda el mundo, de la dicha hermanos?
Los mentidos encantos, los risueños
Bosquejos en capullo, sesgos vanos,

(*) Leida en la inauguracion del Circulo Católico de Obreros de Montilla, en la noche del 10 de Junio de 1877.

Con que riente á disfrutar provoca
Viril esfuerzo de la audacia loca?

¿Dónde están las fantásticas quimeras,
Que surgen en las playas del deseo
Sin ver sus divinales primaveras
Del afán presa, del dolor trofeo?
¿Dónde hallará el mortal esas riberas,
Sin tocar en las aguas del Leteo,
Que albergando la fé, virtud reflejen,
Aniden dicha y el pesar alejen?

¿Qué son las ilusiones en la vida
Y el mágico rumor de su corriente?
Humo no mas, idealidad urdida
Por el calor febril de nuestra mente.
Bella ficción de la embriaguez, nacida
Al embeleso del afán creciente,
Sombra impalpable que nutrió la duda
Y desvanece la verdad desnuda.

¡Ah! ni el amor, henchido de ilusiones;
Ni la fama con mágico atavío;
Ni el orgullo de timbres y blasones,
Que fermenta el desden á su albedrío;
Ni el soberbio poder de los millones,
Ni del valor el inconsciente brío,
Aunque deslumbra su oropel pomposo,
Al hombre hacen feliz ó venturoso.

¿Es feliz el avaro amontonando
Con privaciones mil, oro y mas oro,
Y dias y noches sin cesar velando,
Ante los cuños del metal sonoro?
Esqueleto animado, que anhelando
El crecimiento de su vil tesoro,
Consumido de fiebre y de codicia
Expía en su miseria su avaricia.

¿Es quizás mas feliz el ser que apura
El cáliz del placer hasta las heces,
Labrando en un momento de locura
Un porvenir de penas y estrecheces,
Y de dolor transido y de tristura
En su agonía lenta, las mas veces,
Halla tras una vi la relajada
Una muerte precoz y desastrada?

¿Es mas feliz el genio, cuya gloria,
Traza el ritmo, el buril ó los pinceles,
Si á los piés encadena la victoria,
Y corona su frente de laureles?
Los luminosos fastos de la historia

Revelan en sus páginas mas fieles,
Que solo fueron grandes desdichados,
Por su siglo y sus deudos olvidados.

Ten por bienestar la medianía;
Pues si ambicionas, perderás la calma,
Y la tranquilidad y la alegría,
Que fuente son de goces para el alma.
Haz todo el bien que puedas; y si un dia
Del héroe quieres recoger la palma,
Nada igual hallarás al heroismo
De aquel, que vencedor es á sí mismo.

En un buen medio la virtud se encierra;
Practícalo, que bienes afianza;
Honra las canas y tu pecho cierra
A toda idea ruin y de venganza.
No humilles al caído, que en la tierra
Está todo sugeto á la mudanza,
Y puede suceder que el despreciado
Desdeñe al mismo que le habia humillado.

Solo en Dios hallarás paz y consuelo,
Amigo fiel y padre dadivoso;
Por Él, con tu trabajo y tu desvelo,
Tendrás honor, riquezas y reposo;
Y hoy que despliegas de tu mente el vuelo,
Tras el progreso y el saber ansioso,
Da á Dios lo que es de Dios, y al Soberano
No niegues lo que debe un fiel cristiano.

José de Guzman el Bueno y Padilla.

Montilla 7 de Junio de 1877

SECCION DE HISTORIA.

La evasión de Pio IX en 1848.

Creemos de oportunidad el traer á la memoria de nuestros lectores una interesantísima página de la historia del actual Sumo Pontífice, tomándola á la letra de la *Historia de la revolucion de Roma*, por Mr. Balleydier, traducida por Fors.

«Durante esta tarea de desorganización, el augusto y desventurado Pontífice, vigilado por una guardia cívica irrisoriamente adornada con el nombre de guardia de

honor, veía estrecharse á cada momento los lazos de su cautiverio, porque se habia esparcido por la ciudad el rumor de que pensaba recobrar su libertad por medio de la fuga. Efectivamente: algunas personas adictas al Papa, los miembros del cuerpo diplomático sobre todo, consideraban de imperiosa necesidad semejante medida. Conociendo el Papa toda la urgencia de la evasión que se le proponía, retrocedía ante sus inmensas consecuencias. Aumentaba su repugnancia la idea de dejar entregada la ciudad de Roma á merced de un poder usurpador, y esperaba todavía de la bondad de su alma que el prestigio de su nombre podría servir de egida para la salvación de unos, y de dique á los excesos de otros. ¡Vana esperanza! La revolución marchaba: sus olas, engrosadas con la escoria de un populacho delirante, se desbordaban por do quiera, y ninguna fuerza humana hubiera podido resistir á su invasora acción. Sin embargo, á pesar de las apremiantes súplicas y solicitudes de los fieles que le rodeaban siempre, dudaba el Santo Padre, cuando una noche, el 22 de Noviembre, recibió una cajita acompañada de una carta concebida en estos términos:

«Santísimo Padre:

«Durante las peregrinaciones de su destierro en Francia, y sobre todo en Valencia, donde murió y donde descansan su corazón y sus entrañas, el gran Papa Pío VI

llevaba la Santísima Eucaristía sobre su pecho ó sobre el de alguno de los Prelados domésticos que le acompañaban en su coche. En este augusto Sacramento poseía una inextinguible luz que le daba fuerza en sus padecimientos, y un inefable consuelo en sus dolores, mientras que en él hallaba el saludable Viático para la eternidad. Soy poseedor de un modo cierto y auténtico del pequeño relicario que servía para un uso tan religioso, tan tierno y tan memorable, y por lo tanto me atrevo á ofrecerlo á vuestra Santidad. Heredero vos del nombre, de la Silla, de las virtudes, del valor y casi de las tribulaciones del gran Pío VI, dareis algún precio á esta modesta pero interesante reliquia, que, como lo espero, no recibirá más igual destino. Sin embargo, ¿quién conoce los designios de Dios en las pruebas que su Providencia envía á vuestra Santidad? Yo ruego por vos con amor y fé. Dejo el relicario dentro la bolsita de seda que lo contenía y que servía á Pío VI, y se halla en el mismo estado que cuando estaba suspendida del cuello del inmortal Pontífice.

»Conservo un precioso recuerdo y una profunda gratitud á las bondades de vuestra Santidad en la época de mi viaje á Roma el año último. Dignaos aún añadir á ella vuestra bendición apostólica, que aguardo arrodillado á vuestras plantas.

«† PEDRO, Obispo de Valencia.

»A la lectura de esta carta, y sobre todo á la vista de la preciosa reliquia que con ella se acompañaba, creyó el Papa recibir un aviso del Cielo. Entónces desaparecieron sus escrúpulos ante la voluntad de Dios, y dejó de vacilar. Grandes obstáculos se oponían á la fuga del Santo Padre, rigurosamente vigilado. En primer lugar, este proyecto no podia confiarse mas que á un muy pequeño número de personas, á fin de asegurar el secreto; y en seguida, ¿á qué punto del globo dirigiría sus errantes pasos el Pontífice? ¿Por ventura la política celosa de los gobiernos no se disputaría el privilegio de hospedar su Sagrada Persona? ¿Se echaría en los brazos de Francia ó de la España? ¿Permanecería en el territorio italiano? Tales eran las preguntas que se dirigian secretamente á fuera el uno al otro el duque de Harcourt, embajador de Francia, y el conde de Spaur, ministro plenipotenciario del rey de Baviera. En un momento decidióse que el Papa iria á Civita-Vecchia: al efecto, apresuróse el duque de Harcourt á enviar sus órdenes al vapor francés el *Ténare*, que se hallaba en aquel puerto: pero el Cardenal Antoneilli, temiendo que el camino de Civita-Vecchia se hallase ocupado por los revolucionarios, casi desbarató desde luego esta combinacion. Pareciendo que las dificultades iban creciendo por momentos, y no sabiendo qué partido abrazar, «yo nõ soy más que una simple mu-

jer, dijo cierta mañana la condesa de Spaur á su marido, y sin embargo quisiera llevar á cabo este negocio.» El ministro del rey de Baviera se rió de ésta; pero aquella misma noche le dijo:

—¿Teneis presente lo que me habeis dicho esta mañana?

—Si, por cierto, y me mantengo en lo mismo.

—Es que tal vez la Providencia ha puesto los ojos en vos para contribuir á la libertad del Papa.

—Estoy pronta, hablad; ¿qué debe hacerse?

—Partir mañana por la mañana para Albano con vuestro hijo y su ayo.

—¿Y luego?

—Esperarme allí.

—Os aguardaré.

—Ahora ocupaos de los preparativos para nuestra marcha, porque nuestra ausencia de Roma pudiera prolongarse mas de lo que creemos.

»La condesa de Spaur, de origen francés y una de las señoras mas distinguidas de Roma, midió de una ojeada la importancia de la comision que se le confiaba, y léjos de asustarse se dispuso para llenarla. Comenzó por decir á los criados de su casa que un proyecto de matrimonio entre una princesa de Baviera y el hijo mayor del rey de las Dos Sicilias llamaba repentinamente á su marido y á ella á Nápoles. Miétras que las doncellas preparaban los baules, entregó á las llamas varios papeles, previniendo las visitas domiciliarias que

podieran practicarse á consecuencia de su marcha. En seguida llenó de oro sus borceguies, forró de diamantes sus vestidos, puso en paraje seguro una cartera del Papa, preparó sus pistolas, que maneja y tira lo mismo que un maestro de armas, y pasó el resto de la noche orando delante un Crucifijo. A las seis de la mañana, despues de haber escrito algunas líneas á su familia para tranquilizarla, entró en una berlina rusa tirada por cuatro caballos, y dió la órden de partir para Albano.

»Al llegar á las puertas de la ciudad fué detenida. ¿Donde vais? le preguntáron.

—Ahora á Albano, y despues á Nápoles.

—Donde están vuestros pasaportes?

—Aquí los teneis.

—¿Porqué el conde, vuestro marido, no os acompaña?

—Porque los negocios de su gobierno lo detienen en Roma.

—¿Cuándo se reunirá con vos?

—Cuando quedarán terminados sus negocios: ya lo vereis, porque debe salir por esta puerta.

—Basta.

»Entónces la berlina continuó su camino: detúvose á los pocos pasos para tomar dos nuevos caballos que la aguardaban, y en dos horas y media, corriendo á escape y levantando nubes de polvo, llega la condesa á Albano, y se apea en la fonda de Paris.

»Conbinada la fuga del Santo Pa-

dre con el Duque de Harcourt y el conde de Spaur, se habia fijado para la noche del 24. Pocos momentos ántes de la hora indicada, el duque de Harcourt, que habia obtenido una audiencia, llega al Quirinal en un coche de gala, precedido de volantes y de antorchas, y solicita ver al Papa. Se lo niegan. Insiste, y al fin es introducido en el gabinete Pontificio, cuya puerta se cierra inmediatamente. Eran las cinco; el cielo estaba sombrío, sin estrellas, y la noche favorecia con su obscuridad el éxito del proyecto. No habia pues un momento que perder. Acorde el conde de Spaur con Su Santidad, aguardaba á éste, que debia reunirsele cuanto ántes en el paraje designado de antemano. Durante este tiempo, Pio IX con la ayuda del embajador de Francia cambió de traje, se calzó zapatos negros cerrados con dos grandes hebillas de plata, tomó un pantalon de color oscuro, púsose un leviton negro, se cubrió la cabeza con un ancho sombrero redondo, y se tapó los ojos con antiparras; en seguida habiendo permanecido arrodillado dos minutos delante del crucifijo de su oratorio, salió, llevando una bujía en la mano, por una puerta secreta, que le condujo á los largos corredores del cónclave. Le acompaña un hombre fiel y seguro, adherido al Palacio, llamado Philipani. Durante este tiempo, permaneciendo el duque de Harcourt en el gabinete del Papa, leia en alta voz para distraer á los

vigilantes, cuya atención pudiera llamarse por un largo silencio. De repente oyó ruido en las habitaciones que el Papa acababa de atravesar, lo que no pudo menos de alarmarle. ¿Habría sido descubierto el Papa é impedida su fuga? No, porque Dios velaba por el Santo Pontífice, que se había visto repentinamente detenido por una puerta que se habían descuidado abrir, y para remover aquel obstáculo imprevisto, el señor Philipani había vuelto á las habitaciones del Pontífice. Mientras que este hombre fiel daba un largo rodeo, Pio IX solo y con la bujía en la mano aguardaba delante de la puerta, la cual por fin se abrió al cabo de diez minutos. El Papa entonces se arrojó dentro del coche.

»A las siete el duque de Harcourt, que había quedado solo en el gabinete pontificio para alejar toda sospecha, dijo al retirarse á los que se hallaban en la antecámara y á los guardias que estaban de centinela á la puerta misma de los aposentos de Su Santidad, que hallándose éste indispuerto se había acostado: luego regresando á la Embajada, entró en una silla de postas y volando por la carretera de Civita-Vecchia, llegó á esta ciudad á media noche para embarcarse en el *Ténare*.

»Eran las seis y diez minutos cuando á tenor de las órdenes que había recibido el cochero que conducía la fortuna de Roma, bajando la colina, atravesó la plaza de Tra-

jano, llegó á las Termas de Tito, donde el conde de Spaur aguardaba en su coche junto á la ex-iglesia de S. Pedro y S. Marcelino con su cazador armado como él de pistolas y puñal. En fin, al cabo de media hora de haber salido del Quirinal, el Santo Padre con el alma lacrada por el dolor, pero del todo resignado á la voluntad de Dios, atravesó sin dificultad alguna la puerta de S. Juan de Letran.

»El coche que conducía al ilustre fugitivo alcanzó durante la noche al de la condesa de Spaur que aguardaba en el valle de La Aricia, cerca de Albano. Al momento de encontrarse los dos coches, detuviéronse cuatro carabineros que estaban patrullando. Empero dotada la condesa de Spaur de una admirable entereza de alma, sin bajar de su berlina de viaje, gritó con acento de zumba: «¡Vaya, señor doctor, que os haceis bien esperar! y obráis muy mal: ¿nadie podrá corregiros nunca vuestra cachaza?» Entre tanto el Santo Padre, bajando de su coche, sin proferir una sola palabra entró en el de la condesa.

»Los carabineros, léjos de sospechar que el Papa estuviese á su presencia, levantaron ellos mismos el estribo del coche, deseando un feliz viaje á los ilustres viajeros. El Santo Padre estaba en el fondo de la berlina, al lado de la condesa de Spaur, y delante el jóven Maximiliano de Spaur, que estaba sentado junto á su ayo Mr. Liebel; una

doncella de la condesa ocupaba el asiento de delante, mientras que el conde de Spaur y su fiel cazador ocupaban el de detrás.

--Perdonadme, Santísimo Padre, exclamó la condesa de Spaur así que el Papa hubo entrado en el coche; perdonad á vuestra indigna sierva si la necesidad le proporciona un asiento que ella no merece á vuestro lado.

—En el día, respondió el Papa, sois uno de los instrumentos de los cuales ha querido servirse la Providencia para cumplir uno de sus misteriosos designios. En seguida, viendo la emoción de la condesa, añadió: «Nada temáis, señora, porque Dios va con nosotros.»

»Una parte del viaje se hizo felizmente. Pero en Fondi estuvo á punto de ser reconocido el Santo Padre: al verlo uno de los postillones, despidiendo un grito de sorpresa dijo á sus camaradas: «Mira como este abate se parece al retrato del Papa que tenemos en casa.» Cambiando la berlina de caballos en cada parada, devorando el espacio merced al conde de Spaur, que estimulaba con el oro el látigo de los postillones, había pasado por fin la frontera de los Estados Romanos, y Pio IX se halla en salvo. Entonces levantando los ojos al cielo y dando gracias á Dios por su divina protección, recitó el Sumo Pontífice el cántico del *Te-Deum*, el cual acompañaron con el lábio y el corazón sus afortunados compañeros de viaje.»

SECCION RELIGIOSA.

EL DIA DEL SEÑOR.

(Continuacion.)

MISA Y PROCESION.—ÓRDEN DEL CORTEJO.

La procesion general, á la que asiste una gran parte del Clero secular y regular, se verifica en Roma á las ocho de la mañana. Todas las parroquias hacen á su vez su procesion dentro de su demarcacion respectiva. La procesion de San Juan de Letran tiene lugar el Juéves, último día de la octava. El Papa tiene costumbre de asistir á ella: marcha detrás del tabernáculo, con un cirio en la mano, vestido con roquete y muceta.

De todas estas procesiones, la sola verdaderamente notable, á la que la presencia del Soberano Pontífice, llevando él mismo el Santísimo Sacramento en medio de todos los dignatarios de la Iglesia romana, viene á prestar una pompa y una majestad, de que están algunas veces harto despojadas las otras procesiones de Roma, es sin duda la que dá comienzo á la octava: por eso es objeto de la curiosidad de los extranjeros, que van á Roma con este motivo. La mayor parte vé por vez primera la reunion de las corporaciones religiosas, cuyos miembros van vestidos con el hábito de su orden, severo en unas, y en otras gracioso y elegante. Pero lo que sobre todo fija sus impacientes miradas es el grupo pontifical, cuyo aspecto,

nuevo para ellos, les presenta ese doble carácter que encontramos en las grandes ceremonias pontificales de Roma, y que en ninguna otra está mejor marcado que en ésta: hablamos de las pompas religiosas y del aparato guerrero que acompañan al Soberano Pontífice. Los extranjeros se sorprenden del buen aspecto de las tropas, que veremos figurar en el cortejo. En Roma, necesario es confesarlo, los militares se muestran ante todo solícitos para dar públicos testimonios de la fé que les anima y de su celo en el cumplimiento de todos sus deberes. (1)

Esta procesion es una de las fiestas del año, que atraen todavía á Roma á los habitantes de las campiñas, especialmente los de la Sabina, cuyos trajes son tan pintorescos: se les vé correr en multitud, para admirar una de las más imponentes ceremonias de la religion santa, á la que ellos están acostumbrados á rendir piadosos homenajes bajo las más sencillas formas.

Hemos dicho que la procesion recorria solamente la galeria de la magnífica plaza de San Pedro, en la que, forzada á seguir el contorno del hemicycle, se despliega con gran trabajo. Puede desplegarse con más holgura cuando llega á aquella parte de la plaza, en que la galeria, encontrándose continuada artificialmente, no presen-

(1) Este artículo fué escrito ántes de la invasion de Roma por los italianos.

ta á la vista más que una linea recta, bastante prolongada, que viene á unir los extremos de los dos hemicyclos. Se ha hecho la juiciosa advertencia, que si esta procesion, saliendo por la gran puerta de San Pedro, se desplegase sobre esta admirable plaza, presentaria un aspecto harto más majestuoso. Representémonos, en efecto, el grupo pontifical, cuyos magníficos contornos quedarian entonces más desembarazados, descendiendo el peristilode San Pedro en medio de las augustas pompas que le rodean: no tememos decir que jamás espectáculo más conmovedor y majestuoso se habria presentado á las miradas de los hombres.

Despues de esta reflexion, que nos inspira el deseo de hacer más bella aún una de las mas tiernas ceremonias de la religion, ántes que un vano espíritu de crítica de que los extranjeros sobre todo deben desconfiar en Roma, continuemos nuestras modestas funciones de narrador.

Sobre esta plaza de San Pedro donde reina, tranquila y majestuosa, la Roma de los Papas, véense desde por la mañana llegar los dignatarios de la corte pontificia y los cardenales, acompañados de sus pajes; rojos penachos cubren la cabeza de los caballos, que arrastran soberbios carruajes, que recuerdan las antiguas carrozas del tiempo de Luis XIV. Un inusitado concurso de espectadores, entre los cuales es fácil reconocer

los extranjeros, se dirige hacia la basílica y ocupa las avenidas de la galería: cada uno escoge el sitio que cree más favorable, según la disposición de los lugares, para ver el cortejo.

El Sacro Colegio, cuyos miembros están revestidos de los más ricos ornamentos de su orden, se reúne en la capilla Sixtina, adonde llega el Papa con sotana blanca, muceta y estola encarnadas. Después de la preparación ordinaria, comienza una misa rezada, asistida por el Sacristan y el limosnero. Los Cardenales permanecen en sus bancos cubiertos de tapices. Al lavatorio, toma el Papa la mitra preciosa, y el primer Cardenal-Obispo le quita el anillo. Los cantores de la capilla, que deben seguir al Papa á la procesion, cantan al Ofertorio el motete *Fratres ego enim* de Palestrina, y después de alzar *O salutaris* á canto llano armonizado. Siguiendo una antigua costumbre, no se toca la campanilla ni al *Sanctus* ni al alzar.

Al concluirse la misa, vuelve el Papa á la sacristia, donde deja la casulla y toma una gran capa, cuyos bordes de atrás y de los costados, los tienen los Prelados domésticos y los Auditores de la Rota. En este momento dá comienzo el desfile al pié de la escalera real. Un lugier del Cardenal-Vicario ó un maestro de ceremonias llama las diversas comunidades y los diversos cuerpos que deben formar parte de la procesion, según el

puesto que en ella deben ocupar: todos se colocan según el orden prescrito y desfilan á la vista del Cardenal primer Diácono asistente, que permanece sentado en un sillón entre el Gobernador de Roma y el Mayordomo, cerca de la puerta de bronce del Vaticano, asida la férula, y pronto á resolver las diferencias que puedan suscitarse durante la procesion. Se distribuyen á todos los que deben formar parte del cortejo, un cirio y un librito que contiene los himnos y los salmos marcados. Recitándolos, ganan todos una indulgencia de cincuenta años y cincuenta cuarentenas. Las órdenes mendicantes cantan á canto llano, en tanto que los coros de las basílicas cantan por música. Los monges, los Prelados y los Cardenales los recitan á media voz.

Vuelto á la capilla, el Papa se pone de rodillas para adorar el Santísimo Sacramento, que incienza. Entónces el Cardenal-Diácono asistente sube á el altar, acompañado de un Subdiácono apostólico: toma el Santísimo Sacramento lo lleva con gran respeto sobre el reclinatorio del *tálamo*, donde lo fija; en tanto que el Subdiácono apostólico cubre la custodia con un rico quitasol ú *ombrelino*, hasta la puerta de la Capilla. El Papa sube sobre el *tálamo*, donde se sienta y apoyándose en el reclinatorio, sostiene la custodia con sus dos manos cubiertas con un paño de hombros.

Los cantores entonan al punto el *Pange lingua*. Luego que el Soberano Pontífice ha franqueado el dintel de la capilla Sixtina, se comienza á disparar cañonazos en el castillo de Sant-Angelo, hecha señal, con una bandera encarnada, por un artillero colocado en el campanario de la basílica de San Pedro.

Eduardo Carrillo Cruz.

(Se continuará.)

DOCUMENTOS IMPORTANTES.

MENSAJE DE ADHESION.

Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo de esta Diócesis:

Después de haber leído el notable pastoral edicto de V. E. I., publicado en el «Boletín Oficial eclesiástico» de esta Diócesis con fecha 1.º de Abril, y la exposición á S. M. el Rey, que V. E. I. suscribe, con fecha 15 del mismo mes, en unión de todos los demás preladados de esta Provincia eclesiástica con motivo de la alocución *Luctuosis* de nuestro Santísimo Padre el Papa Pio IX, la Comunidad de Curas Párrocos de esta Capital faltaria á uno de los mas sagrados deberes, que juzga imponerle su significación y su conciencia misma, si no levantase su modesta pero decidida voz en manifestación de su incondicional conformidad con todas y cada una de las ideas, tan galana como varonilmente, expresadas por V. E. I. en ambos, y muy especialmente en el primero de los documentos referidos.

La Comunidad de Curas Párrocos, que no puede, ni debe, ni quiere consentir que se eche sobre ella la nota de «*canes muti non valentes latrare*,» de que nos habla el Profeta Isaías, protesta á la faz del mundo entero contra todos los atropellos y vejaciones, tan enérgicamente denunciados por la voz augusta del Vicario infalible de

Jesucristo, el Venerable, el Santo Pio IX, en la mencionada alocución que él mismo pronunciara en el Consistorio de 12 de Marzo último. Nuestro doble carácter de hijos sumisos y amantísimos de la Iglesia católica, y de ministros encargados de apacentar una porción aunque pequeña de la grey escogida por nuestro Redentor Divino, no nos permiten callar ante las angustiosas circunstancias por que atraviesa en el mundo todo, y muy particularmente en Italia, el Gerarca Supremo de la Iglesia de Dios. Como V. E. I. creemos «que el senador en el Senado, y el diputado en el Congreso, y el funcionario público en el desempeño de sus funciones, y el concejal en el Municipio, y el elector en las elecciones, y el padre de familia en el hogar doméstico,» deben elevar su voz ante sus respectivos gobiernos, y «según lo permitan las leyes de cada Nación,» en demanda de la libertad é independencia de que carece el venerando Pontífice, que feliz y gloriosamente gobierna la barquilla del Príncipe de los Apóstoles, tan combatida y asendereada por el revuelto oleaje en el turbulento mar de las sociedades modernas.

Sí, Excmo, Sr., juzgamos que ha llegado el momento en que no debemos contentarnos con llorar, cuál débiles mujeres, sobre los restos del bien perdido; debemos hacer más, mucho más, pues así lo desea, y lo pide, y lo manda nuestro afligido y desconsolado Padre, y no seremos buenos hijos, ni dignos descendientes de aquellos que, en alas de su profunda fé, lucharon heroicamente en el espacio de siete siglos por el triunfo de la Cruz, desde las encrespadas rocas de Covadonga hasta las poéticas llanuras de la Vega de Granada, si no atendemos su amoroso y paternal llamamiento. Es necesario, pues, que todos elevemos á Dios fervientes súplicas para que se abrevien los afflictivos días de la Iglesia católica, y que el hombre del libro y el hombre del periódico, el hombre de la tribuna y el del foro, usando de los medios que les conceden las leyes pátrias, le-

vanten su voz é interpongan su influjo para que los gobiernos, que aun se glorian y envanecen con el título ilustre de católicos, ejerzan una de las mas brillantes obras de caridad y de justicia, cual lo es ayudar el derecho y la razon del débil contra la sinrazon y la tiranía del fuerte.

Tales son, Excmo. Sr., aunque pobremente manifestados, los sentimientos que animan á los que suscriben y que esperan de la paternal bondad con que V. E. I. acoge toda espresion de sentimientos nobles, por mas que esta sea modesta y humilde, se digne aceptar lo anteriormente manifestado como testimonio de nuestra absoluta adhesion á los notables documentos aludidos, y que hacemos nuestros en todas y cada una de sus partes. Córdoba, dia del quincuagésimo aniversario de la consagracion episcopal de Nuestro Santísimo Padre el Papa Pio IX, 3 de Junio de 1877. —Excmo. é Illmo. Sr.: B. E. A. P. de V. E. I.—El Presidente de la Comunidad, Cura de la Agerquía, *Manuel Molina*.— Siguen las firmas de los demas párrocos.

SECCION DE NOTICIAS.

Presididos por los Señores Cardenales Patriarca de las Indias y Arzobispo de Compostela, por los señores Obispo de Urgel, Zamora, Santander, Almería y Pamplona, y por los señores obispos auxiliares de Sevilla y de Madrid, se hallaban reunidos en la mañana del 13, en la gran sala ducal del Vaticano, mas de mil fieles de todas las provincias de España. A las doce entró Su Santidad en dicha sala acompañado de una numerosa córte de Cardenales, siendo saludado con un grito inmenso y entusiasta de ¡Viva el Papa! Los vivas se hubieran prolongado indefinidamente si el Padre Santo no hubiese suplicado y obtenido silencio.

Entónces el señor Cardenal Arzobispo de Santiago leyó en español un enérgico y conmovedor Mensaje. Terminada su lectura, los prelados y varios sacerdotes y seglares han depositado á los piés de Su

Santidad las ofertas de sus respectivas diócesis.

Al mensaje del Sr. Cardenal Arzobispo, Su Santidad se ha dignado contestar con un admirable discurso.

* *

La romeria al Pilar de Zaragoza verificada el 16, ha sido solemnísimá y el entusiasmo de los peregrinos es indecible.

* *

Treinta y tres romerías han tenido lugar en Cataluña desde el 27 de marzo á 27 de mayo del año actual, y el número de peregrinos que han tomado parte en ellas asciende al de 138933, sin contar los asistentes á otras ocho peregrinaciones cuyo número se ignora.

* *

Dice una carta de Constantinopla:— «Nuestros lectores no ignoran que muchas sillas episcopales del Patriarcado de Cilia han quedado vacantes por la muerte de sus respectivos titulares, sobre todo despues del desgraciado cisma de los kepelianistas. Este estado anormal no debia durar largo tiempo. De aquí que hayamos visto con placer que se haya acudido á remediar las necesidades urgentes de las cuatro diócesis siguientes: Marache, Angora, Trebisonda y Sivas-Tokat. Sin duda la Providencia ha dirigido las cosas de un modo tan favorable para el restablecimiento del Episcopado armenio-católico, pues el Gobierno turco, preocupado por la guerra contra Rusia, no ha opuesto dificultad alguna á la regularizacion de tan importante asunto: se ha colocado en una situacion sumamente benévola. Y sus ministros han declarado que no opondrán dificultad alguna al nombramiento de un Obispo auxiliar del Patriarca.

Con ocasion del Jubileo episcopal del Papa, la comunión armenio-católica de Constantinopla ha querido demostrar su union al universo católico, dirigiendo un bello mensaje al venerable prisionero del Vaticano, y enviándole algunos objetos preciosos que le demostrarán la adhesion y amor de estos fieles á su augusta persona.»

BOLETIN
DE LOS
Círculos Católicos de Obreros.

REGLAMENTO

del Círculo Católico de Obreros de Córdoba, organizado en la ermita de San José, parroquia de la Magdalena.

Aprobacion.—Secretaría de Cámara y Gobierno del Obispado de Córdoba.

A la esposicion elevada á S. E. I. el Obispo mi señor por la Junta Directiva del Círculo Católico de Obreros organizado en la Ermita de San José, parroquia de la Magdalena de esta ciudad, acompañando para la aprobacion el Reglamento ó estatutos porque debe regirse, dicho señor Excelentísimo se ha servido acordar con fecha 1.º de Abril lo que sigue: «Aprobamos el Reglamento presentado por la Junta directiva del Círculo Católico de Obreros de Córdoba; y concedemos cuarenta dias de indulgencia á cada uno de los que se alistén y contribuyan de algun modo á los santos fines que esta Asociacion se propone.»—Lo que trascribo á esa Junta directiva para su conocimiento.—Dios guarde á V. muchos años.—Córdoba 2 de Abril de 1877.—Lic. *Atanasio Gonzalez*, Secretario.—Señor Presidente y Junta directiva del Círculo Católico de Obreros de Córdoba.

REGLAMENTO.

TÍTULO I.

Artículo 1.º El Círculo Católico de Obreros se pone bajo la proteccion de la Sagrada Familia, reconociendo por patronos á Jesús, María y José.

TÍTULO II.

Objeto del Círculo.

Art. 2.º El objeto del Círculo es arraigar y propagar las creencias de la iglesia católica, apostólica, romana, las buenas costumbres, los conocimientos religiosos, morales, científicos, literarios y artísticos, proporcionar trabajo á los asociados cuan-

do haya necesidad, crear una caja de ahorros para socorrerse mutuamente los obreros en caso de enfermedad ó inhabilitacion no culpable, y proporcionar á los mismos algunos ratos de honesta expansion principalmente los Domingos y dias festivos.

Art. 3.º No siendo político el Círculo y debiendo admitir en su seno á personas de cualquiera fraccion política compatible con los principios que sustenta la religion católica, apostólica, romana, se prohiben en él de una manera absoluta las discusiones políticas.

Art. 4.º Son igualmente estrañas al objeto del Círculo las discusiones teológicas, como tambien toda intervencion en asuntos exclusivamente propios de la autoridad de la Iglesia.

TÍTULO III.

De los sócios.

Art. 5.º Podrán ser sócios del Círculo todos los obreros mayores de 18 años que no padezcan enfermedad crónica, que sean católicos, apostólicos romanos, de intachable conducta y cuya admision sea aprobada por la Junta directiva.

Art. 6.º El obrero recibirá al inscribirse en el Círculo una cédula de agregacion ó diploma con fecha y timbre de la asociacion y firma del Presidente para que pueda acreditar los derechos que le asisten.

Art. 7.º Los obreros al inscribirse en el Círculo prometen solemnemente, bajo su palabra de cristianos, abstenerse:

- 1.º De la blasfemia.
- 2.º De trabajar ó hacer trabajar sin urgente necesidad los dias festivos, y en este caso con licencia de la autoridad eclesiástica.
- 3.º De la embriaguez.
- 4.º Del juego inmoderado y escandaloso.
- 5.º De la lectura de libros ó periódicos de mala doctrina.

Así mismo se comprometen:

- 1.º A prestarse mútuo auxilio en todo cuanto se refiera á los fines del Círculo,

2.º A contribuir pecuniariamente con la suma que se acordare para el sostenimiento del mismo.

3.º A desempeñar bien y fielmente los cargos que recibieren de la Junta directiva.

El Círculo encomienda al celo religioso y honradez de sus miembros el cumplimiento de sus compromisos respectivos.

Art. 8.º Además de los socios activos podrá haber los honorarios, que sin pertenecer á la clase obrera y como prenda de simpatía y union á dicha clase, deseen formar parte del Círculo.

Art. 9.º No se admitirán sujetos de costumbres públicamente degradadas, y se excluirá á los que lleven una vida disoluta ó hagan alarde de incredulidad despues del segundo aviso sin que hubieren dado señales de enmienda.

TÍTULO IV.

De las cuotas.

Art. 10. Cada obrero satisfará semanalmente la cuota de medio real, y los maestros, directores de fábrica y jefes de talleres el duplo.

Art. 11. Todo socio que dejare de pagar su cuota semanal por tiempo de un mes, pierde el derecho á gozar de los beneficios que el Círculo ofrece dispensar, á no estar enfermo ó inhabilitado sin culpa, en cuyo caso queda remitido de toda cuota.

Art. 12. Los socios honorarios pagarán á lo ménos una cuota mensual igual á la de primera clase de los activos; pero sin tener derecho á ser socorridos de los fondos de la caja de ahorros, ni el de intervenir en la administracion y acuerdos del Círculo.

Art. 13. El obrero que quiera retirarse voluntariamente del Círculo, ó fuere excluido con causa, no podrá reclamar á la caja parte alguna de su fondo. Así mismo será considerado sin opcion á reintegro alguno el asociado que traslade definitivamente su residencia de esta ciudad.

TÍTULO V.

De los beneficios.

Art. 14. Tendrá el Círculo para cumplir su objeto religioso la Capilla de San José, plaza de la Magdalena, en la que se veneran sus patronos, y en ella ú otro templo de más capacidad, segun conviniere, se consagrará una fiesta todos los años el dia 1.º de Enero. En este dia se celebrará una comunión general á la que asistirán todos los socios que no se hallen legitimamente impedidos.

Procurará asimismo el Círculo, segun lo permitan sus elementos, solemnizar la fiesta del Patriarca San José, jefe del obrero católico, y hacer en corporacion el cumplimiento de Iglesia.

Art. 15. Al tiempo que la Junta directiva acordare, se establecerán conferencias morales é instructivas habidas por personas celosas é ilustradas al objeto de imponer al obrero en sus deberes, para que pueda ejercitar en verdad y en conciencia sus derechos. Estas conferencias habrán de tenerse con preferencia en los Domingos y dias festivos por la tarde y alternarán con las que han de darse para aumentar y perfeccionar los conocimientos científicos, literarios y artísticos. Si los puntos propuestos dieren lugar á discusion, serán examinados con libertad cristiana, sin aparato oratorio, con sencillez y mútua benevolencia.

Art. 16. En vista del número de socios y del total de ingresos se crearán una ó mas escuelas gratuitas nocturnas para los asociados y sus hijos, enseñándose en ellas religion y moral, lectura, escritura, gramática castellana, aritmética y dibujo.

Art. 17. Para que el Círculo pueda conseguir su objeto recreativo tendrá un local independiente modestamente decorado y en él se establecerán ejercicios de gimnástica, conciertos musicales, juegos lícitos y lectura de buenos periódicos, revistas católicas, científicas, literarias, artísticas y recreativas, cuya eleccion ha de estar á cargo de la Junta directiva.

Art. 18. Toda clase de libros, revistas

y periódicos útiles y de sana doctrina que por suscripción ó regalo obtuviere el Círculo, se depositarán bajo inventario para la fundación de una biblioteca que se titulará del obrero católico.

Las salas de recreo y biblioteca, estarán sujetas á un Reglamento especial aprobado por la Junta directiva.

Art. 19. Para que el Círculo pueda realizar su objeto económico, se creará una caja de ahorros para socorrerse mutuamente los obreros en caso de enfermedad ó inhabilitación no culpable, y proporcionar trabajo á los asociados cuando haya necesidad.

Art. 20. La caja de ahorros se constituye: con el importe de la cuota de los socios activos, de los meramente suscritores ú honorarios, y con los donativos que se hicieren por toda clase de socios ó personas estrañas al Círculo.

(Se continuará.)

*
* *

Señor Director general de los Círculos Católicos de Obreros de la Diócesis.

Aguilar 7 de Junio de 1877.

Muy señor nuestro: Tenemos la mayor complacencia al poner en conocimiento de V. el estado de prosperidad de nuestro amado Círculo.

Conforme á los deseos de V. manifestados al numeroso y entusiasmado concurso, en aquella noche de Mayo de tan grato é inolvidable recuerdo, el día 1.º del corriente tuvo lugar la instalación con toda la mayor pompa y solemnidad. La concurrencia á la función religiosa fué numerosísima, asistiendo todo el Clero, el ilustre Ayuntamiento, comisiones de los casinos y las personas mas notables de la población, quedando todos altamente complacidos de la elocuencia del orador Sr. D. Federico Martínez Córdoba, Cura de Montilla. No podemos ménos de hacer constar aquí el desinterés de los señores Párrocos, que nada han interesado por sus derechos, esforzándose en que la función se haga con el mayor engrandecimiento.

A la noche tuvo lugar la sesión inaugu-

ral en el local del Círculo. Los salones perfectamente iluminados y decorados, si nó con lujo como V. queria, al ménos con un delicado gusto, estaban materialmente invadidos por una numerosa concurrencia compuesta de todas las clases sociales. Pronunció el discurso inaugural el mencionado Sr. Martínez, en el que nada dejó que desear, no pudiendo alguno mas usar de la palabra en esta noche por lo avanzado de la hora. Pero el día tres, domingo, se leyó por D. Francisco Iglesias y Romero un discurso digno de persona tan instruida, usando luego de la palabra el Sr. D. Juan de Dios Carmona y Franco, primer teniente de Alcalde, el que agradó extraordinariamente á la atenta y numerosa concurrencia que le escuchaba.

Tenemos la satisfacción de anunciar á V. que contamos al presente con la cifra de 150 socios activos y un buen número de honorarios, y abrigamos la seguridad de que en un día no muy lejano, se note considerable aumento en este número si conseguimos ver realizados todos nuestros proyectos en favor de nuestro amadísimo Círculo.

Tenemos la satisfacción de repetirnos de V. atentos y reconocidos ss. q. b. s. m.

La Junta Directiva.

Resúmen de las materias que contiene este número.

ANIVERSARIO 31.º DE LA CORONACION DE PIO IX.—SECCION DOCTRINAL.—*Por el pueblo y para el pueblo*, II, por D. Manuel Gonzalez Francés.—SECCION LITERARIA.—*Un consejo al obrero católico*, poesia de D. José de Guzman el Bueno.—SECCION DE HISTORIA.—*La evasión de Pio IX en 1848*.—SECCION RELIGIOSA.—*El día del Señor* (continuación) por don Eduardo Carrillo.—DOCUMENTOS IMPORTANTES.—*Mensaje de adhesion*.—SECCION DE NOTICIAS.—BOLETIN DE LOS CÍRCULOS DE OBREROS.

CÓRDOBA: 1877.

Imprenta «La Actividad»
Liceo, 41.